

LA ECONOMÍA EN EL CENTENARIO Y BICENTENARIO... ¿QUÉ VAMOS A FESTEJAR?

- Luis Ignacio Román Morales* ▪

El balance de la primera década del siglo XXI volverá a ser lamentable para México. La tasa promedio anual de crecimiento económico en los años ochenta (la llamada *década perdida*) fue de 1.8%, en los noventa, de 3.4% y en la actual será de alrededor de 1.3%. Bajo las estimaciones de crecimiento efectuadas por el Banco de México, de -7.2% para 2009 y alrededor de 3% para 2010, al término de 2010 apenas tendremos un Producto Interno Bruto (PIB) similar al que se había registrado en 2006. El producto por trabajador, es decir, la productividad media por trabajador a nivel nacional, registró una pérdida neta en los ochenta, un estancamiento en los noventa (0.6% anual de crecimiento) y otra pérdida en la actual década, esta vez de 3.1%.

* Es economista por la UNAM, maestro y doctor en Economía por la Universidad de París. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), Nivel II, y profesor titular en el ITESO.

Hoy habitamos en México 108 millones de personas, de las cuales 59 millones tienen menos de 30 años, lo que implica que el 55% de los mexicanos ha vivido en una situación nacional de crisis o estancamiento la mayor parte de su vida... y hablamos de los que se han quedado aquí, sin contar los 12 millones de nacidos en México que han tenido que emigrar a Estados Unidos.

Sin embargo, no todo el país está deteriorándose. La creciente concentración de la riqueza ha favorecido tendencialmente a algunos sectores (telecomunicaciones y servicios financieros), a algunas empresas corporativas y a pequeños grupos de la población con alto poder económico. En contraparte, sólo de 2006 a 2008 se incrementó en seis millones el número de pobres y falta por cuantificar el impacto de la crisis 2008-2009.

Igualmente, las condiciones de desarrollo para las micro y pequeñas empresas se encuentran más deterioradas y con menos espacios de oportunidad para el desarrollo de pequeños negocios. El pequeño abarrotero es un sujeto en extinción frente a la multiplicación de los OXXO y 7-eleven; las papelerías difícilmente podrían enfrentar a los Office Depot y Office Home; lo propio ocurre con las tlapalerías ante los Home Depot, o con las cafeterías ante los Starbucks y, en menor medida, con los establecimientos de comida rápida ante los McDonald's. Dos empresas cerveceras controlan el mercado no sólo de ese producto sino también de los locales donde se venden. Otras dos empresas televisivas concentran la mayor parte de las actividades de información noticiosa y de entretenimiento, al punto que pueden convertirse en el fiel de la balanza sobre los legisladores que podrían ser reelectos en forma inmediata; una sola cementera controla la mayor parte del sector; lo propio ocurre con la telefonía, con internet, con la industria del pan y con la masa de maíz. A nivel regional, también se concentra cada vez más la comercialización de medicamentos y una sola cadena de supermercados ejerce una posición

preponderante en el conjunto de las ventas al menudeo. En el paraíso de los monopolios pocos pueden ganar, pero ganan mucho.

Si el pobre (por decir lo menos) y concentrado comportamiento económico se hubiese correspondido con una preservación ecológica que favoreciera la sustentabilidad ambiental, al menos hubiera podido hablarse del sacrificio de dos generaciones en beneficio de las siguientes, pero ello tampoco ha sido así. México es cada vez más pobre y simultáneamente más depredador de su ecología, lo que se evidencia en la escasez y la contaminación del agua, en la deforestación y en los problemas de manejo de los desechos sólidos, además de las grandes contaminaciones del aire, visual y auditiva en las ciudades.

El proceso nacional de empobrecimiento, exclusión, concentración de mercados y pérdida de sustentabilidad se ha presentado, paradójicamente, en un periodo caracterizado por un crecimiento sin precedentes de las capacidades tecnológicas de la humanidad para generar mayor riqueza; esto ha permitido la reducción de las jornadas laborales en Europa o tasas de crecimiento económico enormes en China, India o Corea del Sur. De hecho, en la actual década México será el país con peor evolución de la producción en América Latina.

En ese contexto, el discurso predominante alienta la búsqueda de la competitividad como un fin en sí mismo. Resulta difícil plantearse una competitividad creciente en el contexto que hemos enunciado. La competitividad parece asociarse a un comportamiento exitoso y el éxito parecería atribuirse al comportamiento favorable de una empresa en términos de ventas o ganancias, de un individuo en términos de ingresos o de una sociedad en captación de inversión privada. Esos comportamientos parecen estar alejados de la inmensa mayoría de las personas, empresas y territorios, quedando circunscrito el éxito a pequeños enclaves privilegiados. Sin embargo, la pretensión del éxito así definido puede permear socialmente y, en condiciones desfavorables, alentar el desarrollo de acti-

vidades en las que tal *éxito individual* se obtenga a costa de la ruptura de los debilitados factores de cohesión social existentes.

No resulta entonces sorprendente la descomposición social y el desencañamiento masivo de la violencia y de las actividades ilegales de los últimos años.

Entonces, ¿qué vamos a festejar en este 2010? El sentido de unidad nacional se plantea en los discursos partidistas con base en una visión de sociedad contraria a las tendencias estructurales de las últimas tres décadas. La *patria generosa y ordenada* del Partido Acción Nacional (PAN), guiada por principios de solidaridad y subsidiariedad, parece completamente ajena a la vivencia cotidiana que experimenta la mayor parte de la población; lo mismo puede afirmarse del *México compartido* del Partido Revolucionario Institucional (PRI); de la *sociedad justa, productiva e igualitaria* que dice proponer el Partido de la Revolución Democrática (PRD), o de la *defensa ecológica y de la sustentabilidad* afirmada por el Partido Verde Ecologista de México (PVEM). Las declaraciones de principios del resto de los partidos también parecen disociadas del comportamiento del país. Es claro que los principios indican una búsqueda ideal y no la tendencia realmente vivida, pero el hecho de que ese horizonte ideal parezca cada vez más lejano ubica a los principios en el plano de la ilusión más que en el del quehacer cotidiano.

Es evidente que el sentido de país se asocia, asimismo, a lo históricamente construido y no sólo a la imagen de futuro. Sin embargo, esa historia también ha sido, de manera reiterada, excluyente para la mayor parte de la población. Por otro lado, parece frágil alentar la unidad social con base, estrictamente, en el pasado y no en una expectativa real de construcción continua y común de sociedad cohesionada.

Los resultados finales del comportamiento económico de 2009 podrán confirmarse cuando se presente la información anual del conjunto de los grandes indicadores, al término del primer trimestre de 2010. Sin

embargo, además del mencionado comportamiento crítico del PIB, sus efectos repercutirán de forma especialmente grave en el empleo, la distribución y la pobreza. No se trata de una crisis como las de los ochenta y noventa, cuyos impactos inmediatos se resintieron en especial en la inflación y la paridad monetaria. Ello puede implicar la percepción de que la crisis actual no ha sido tan grave como las anteriores. Sin embargo, sus impactos en las condiciones reales de vida, empleo y actividad económica general sí lo han sido.

La idea de que esta crisis ha sido menor también puede conllevar una individualización de la percepción de sus causas. Cuando el efecto mayor es sobre los precios y la paridad, resulta obvio que la afectación a un hogar no depende de situaciones externas. Sin embargo, cuando el efecto inmediato es sobre empleo, distribución y pobreza puede permear el discurso de que las personas no responden a los requerimientos del mercado, que les falta fuerza, educación, capital humano, espíritu emprendedor o cualquier otra cosa. Resulta más sencillo individualizar las causas y con ello culpabilizar de su situación a quienes son víctimas de un funcionamiento macroeconómico deplorable, de políticas públicas dogmáticas y de prácticas empresariales monopólicas y corporativas.

El escenario previsible para 2010 vislumbra una reactivación del crecimiento económico, puesto que las caídas no pueden ser eternas. Se espera que el PIB se incremente en alrededor de 3%, que los precios lo hagan en 5%, que la inversión repunte (después de una caída estrepitosa este año) y que haya una leve generación de empleo.

Sin embargo, este crecimiento tendrá al menos tres componentes inquietantes:

- La continuación en el crecimiento mayor de la inflación para los bienes básicos y, por consiguiente, para los hogares de menor ingreso.

- Las presiones al tipo de cambio debido a un mayor nivel de consumo de bienes importados, al tiempo que los principales factores de recepción de divisas continuarán descendiendo (exportaciones de petróleo y remesas).
- El incremento del desempleo, no sólo resultante de la baja creación de empleo, sino por lo que se espera que sea un alto crecimiento de la población económicamente activa (PEA), luego de que ésta se contuviera, y hasta redujera, durante el periodo más intenso de la recesión.

Cabe entonces preguntarse sobre el tipo de recuperación que se espera... ¿Qué bondades sociales tiene una recuperación que, además de débil, se acompaña de una mayor polarización económica, de un mayor desequilibrio externo y de un mayor desempleo? Sin duda es preferible estar en recuperación que mantenerse en recesión, pero ante las expectativas de que la crisis sirviese para reorientar el rumbo de la política económica, la recuperación parece mostrar la reproducción de inercias socialmente peligrosas.

En el plano de los equipos de poder económico, la entrada de Agustín Carstens al Banco de México, así como la de Ernesto Cordero a la Secretaría de Hacienda refuerzan la preeminencia de los actores sociales más defensores del mantenimiento de la lógica de las actuales políticas. Una eventual alianza de Guillermo Ortiz con la búsqueda presidencial de Enrique Peña Nieto parecería inducir la pretensión de un sexenio más de mantenimiento de la ortodoxia en el manejo de las políticas públicas, con un nuevo equilibrio entre la Secretaría de Hacienda y el Banco de México, generándose un enroque entre los grupos de poder de ambas instituciones y fortaleciendo la permanencia en el poder de personajes con la misma visión económica, independientemente del partido político que asuma el poder a raíz de los procesos electorales, en especial de 2012.

Las bajas en la calificación de la deuda mexicana, por parte de Fitch y de Estándar & Poors incrementarán el riesgo país y con ello las dificultades y los réditos que se deban pagar por la contratación de deuda externa. Las presiones de las grandes instituciones financieras internacionales presionarán entonces por un reforzamiento aún mayor de la visión económica preponderante en las altas esferas de poder en México. En estas circunstancias no cabe esperar un cambio sino una profundización del rumbo actual, en particular con nuevas reformas de liberalización de los mercados energético y laboral, y con una nueva propuesta de reforma fiscal que atempere la caída en los ingresos públicos por la reducción de la plataforma petrolera.

Desde una óptica de libre mercado, de desregulación de apoyos gubernamentales a las grandes corporaciones, lo que se está haciendo y lo que eventualmente se haga en las reformas estructurales es lo correcto. Sin embargo, esa misma visión arrastró la crisis y la depresión actuales; también fue bajo este esquema que desde hace cerca de 30 años se hablaba de un periodo de sacrificios que se verían recompensados por una economía más eficiente, más productiva y más generadora de recursos y bienestar para el conjunto de la población. Pero después de esos casi 30 años los periodos de sacrificios para la mayoría no sólo no se han detenido sino que se han profundizado, manteniéndose un estancamiento estructural e incrementándose la concentración de ingresos y mercados en la economía mexicana.

Si nos remitimos a la lógica técnica del libre mercado, fue una locura haberse planteado la Independencia en 1810. La lógica napoleónica liberal francesa hubiese permeado no sólo a la invadida España sino de rebote a la Nueva España. Hubiésemos tenido, de manera automática, un “Acuerdo de Libre Comercio” con los imperios, que nos hubiese permitido aprovechar nuestras ventajas comparativas e insertarnos más

profundamente en las dinámicas económicas internacionales. De igual modo, hubiese sido erróneo enfrentar la intervención francesa u oponerse al imperio de Maximiliano. La Revolución mexicana sería considerada como una aberración populista frente a la modernidad científica y cultural que establecía el porfiriato y que permitía el crecimiento de la inversión extranjera, del desarrollo urbano, de las exportaciones, de la llegada de bienes tanto de consumo como de inversión de “clase mundial”, de infraestructura ferroviaria, etc. Otro gran error hubiera sido expropiar el petróleo para beneficio del Estado, cuando la función de éste no es la de actuar como empresario, desalentando además la inversión extranjera y la imagen económica de México ante el mundo.

Sin embargo, en todos aquellos momentos no se privilegió el mercado, las grandes corporaciones o los poderes fácticos. En aquellos momentos se tomaron decisiones en las que se concibió a la sociedad como algo más que un mercado, se integraron nociones de derechos sociales y de garantías individuales, se pensó en la construcción de un país, entendiéndolo como un espacio donde realmente la sociedad pudiese vivir de manera cohesionada. La mayor parte de los muertos de las guerras de Independencia y de Revolución fueron los excluidos de las imágenes del progreso que sólo beneficiaban a unos cuantos. Esa gente murió reclamando su derecho de ser auténticamente parte integral de una sociedad, de un país, y no sólo como mano de obra barata de un mercado hiperconcentrado. Las decisiones que permitieron la existencia y el mantenimiento de este país, lo que nos hace sentir parte de una gran colectividad, no fueron decisiones de técnica financiera sino de construcción política y social. Sin embargo, cuando se priorizaron los criterios sociales, los resultados económicos, en términos de crecimiento, distribución y empleo, han sido mejores y más duraderos que cuando se ha circunscrito la economía a la esfera del mercado.

Si a 100 y a 200 años avalamos la Independencia, la Reforma, la Revolución y la nacionalización petrolera es porque, en la historia, todo ello tuvo un sentido positivo. Si ese sentido no se recupera, los festejos de 2010 tendrán la misma legitimidad que los festejos porfiristas del centenario de la Independencia. Poco habrá que festejar en las condiciones actuales si no procuramos un giro auténtico en la lógica de las decisiones de poder. Sostener lo insostenible es alimentar el caldo de cultivo de la violencia y del desgarramiento social.